



XVII

Me preparo para mis visitas

AL día siguiente al despertar, mi primer pensamiento fué para Kólpikov; de nuevo me ruboricé y muy agitado me puse á pasear por la estancia; pero no había ya nada que hacer. Además, aquel día era el último que pasábamos en Moscova, y tenía que hacer, por orden de papá, algunas visitas que ya me había apuntado él mismo en un pedazo de papel. Los cuidados de papá con respecto á nosotros más que á la moral y á la instrucción, referíanse á nuestras relaciones mundanas. En el papel, con una escritura rápida y nerviosa, estaban las siguientes indicaciones: «Visita al príncipe Ivan Ivanovitch, *indispensable*; visita á los Ivine, *indispensable*; visita al príncipe Mikhail; visita á la princesa Nekhludov y á la señora Valakhina, si te queda tiempo». Seguían luego el Rector de la Universidad, el Decano y los profesores. Dmitri me desaconsejó estas últimas visitas, diciendo que no solamente no eran necesarias sino que hasta indiscretas. En cuanto á todas las demás, era preciso hacerlas hoy mismo. Entre éstas, las que más me preocupaban eran las dos primeras, seguidas de la indicación «indispensable». El príncipe Ivan Ivanovitch era general en jefe, anciano ya, muy rico, y vivía solo; trabar relaciones conmigo, estudiante de dieciseis años, parecíame que no le podía halagar mucho. Los Ivine eran también muy ricos; su padre era un fun-

cionario civil de gran categoría y que había venido una sola vez á casa, viviendo nuestra abuela. Después, observé que hasta el pequeño de los Ivine iba alejándose de nosotros y empezaba á tomar aires de gran señor. Había oído decir que el mayor de los Ivine había acabado ya la carrera y servía en San Petersburgo; el segundo, Serguei, el que yo admiraba tanto en otro tiempo, estaba también en San Petersburgo, convertido en un cadete del cuerpo de Pajes.



En mi juventud, no solamente no me gustaba tener relaciones con aquellos que se creyesen más que yo, sino que esta clase de relaciones me eran insupportables, gracias á mi temor perpetuo al menosprecio y á la tensión de todas mis fuerzas intelectuales para mostrarme en toda ocasión independiente. Sin embargo, puesto que faltaba ya á las últimas indicaciones de papá, convenía atenuar la falta cumpliendo exactamente las primeras. Subí, pues, á mi cuarto para ponerme mis ropas y mi traje, que estaba sobre una silla; me hallaba ya casi vestido cuando se me presentó el viejo Grapp, que venía á felicitar-me, llevando consigo á su hijo.

El viejo Grapp, un alemán rusificado, era de un natural excesivamente dulce y adulator y se emborrachaba con mucha frecuencia. En general no venía á casa sino para pedir algo, y papá, que le recibía siempre en su gabinete de trabajo, jamás le invitó á su mesa. Su humildad y sus reiteradas peticiones se unían perfectamente con su natural honradez, de tal modo que en casa, donde venía con mucha frecuencia, era bien tratado y alababan todos su servicial carácter. Mas yo, por mi parte, no le quería mucho, y en cuanto le oía hablar sentía siempre una especie de vergüenza por él.

Contrariado por la llegada de esos intrusos, ni siquiera traté de disimular mi disgusto. Estaba tan acostumbrado á mirar con desprecio á Ilinka, y él por su parte parecía estar tan bien acostumbrado á creernos con derecho á hacerlo así, que me daba hasta pena pensar que era un estudiante como yo, y aún me parecía que también él había de sentir vergüenza por esta especie de igualdad. Les dí los buenos días fríamente, y sin invitarles á tomar asiento, cohibido ante la idea de que podían hacerlo sin invitación mía, dí orden de que engachasen el carruaje. Ilinka era un

chico de una infinita bondad, de natural muy honrado y no torpe ciertamente, pero tenía un temperamento muy extraño: sin causa aparente, se hallaba siempre en alguno de los estados extremos del espíritu, á veces llorícón, á veces satírico, á veces susceptible por la menor cosa, y aquel día parecióme que se hallaba en esa última disposición. No decía nada, y nos miraba á su padre y á mí con cierto desprecio, y solamente cuando se dirigían á él



sonreíase con una sonrisa dócil, forzada, bajo la cual sabía muy bien esconder toda clase de sentimientos y en especial la vergüenza por su propio padre, que no podía dejar de sentir en nuestra presencia.

—Sí, sí; esto es, Nikolai Petrovitch, — me decía el viejo siguiéndome detrás mientras yo iba de un lado

á otro vistiéndome, y él iba dando vueltas en sus dedos, con lentitud y con respeto, á una tabaquera de plata que me había regalado mi abuela.—Apenas he sabido por mi hijo que habíais hecho tan brillantes exámenes—vuestro talento es de todos bien conocido!—me he apresurado á venir para felicitaros, mi querido padrecito. Más de una vez os he llevado en hombros, y bien sabe Dios que os amo á todos como si fueseis mis hijos; Ilinka me ha pedido venir también á felicitaros, pues también Ilinka se siente aquí como en su casa propia.

Ilinka que, durante todo ese tiempo, se estuvo sentado sin decir palabra cerca de la ventana, se quedó mirando mi traje de uniforme y murmuró entre dientes algo que ni pude entender, quizás alguna grosería.

—Pues, yo quería preguntaros—prosiguió el viejo incansablemente—quería preguntaros cómo ha pasado mi hijo los exámenes. Me ha dicho que procuraría estar siempre á vuestro lado; no le abandonéis, velad sobre él, aconsejadle.

—Pues, Ilinka ha hecho unos excelentes exámenes,—dije mirándole, y el muchacho, sintiendo sobre sí mis miradas, se ruborizó y dejó de murmurar.

—Y podría hoy pasar el día con vos?—se atrevió á decir el pobre anciano, con una tan tímida sonrisa que no parecía sino que tuviese miedo de mí.

Y mientras tanto no dejaba de seguirme de un lado á otro, y tan de cerca que incesantemente sentía yo el olor á vino y á tabaco de que estaba el hombre impregnado. Me contrariaba extraordinariamente verme puesto en una tan falsa situación con respecto á Ilinka, y además porque con su presencia me impedía poner toda la atención que yo deseaba en ocupación tan importante como la de vestirme, y sobre todo lo que me disgustaba era aquel hedor insoportable que despedía, de modo que le contesté, muy fríamente, que no podía acompañar á su hijo, porque todo el día estaría fuera de casa.

—Pero, padre, no habéis dicho que teníais que ir á casa de mi hermana?—intervino entonces Ilinka, con la sonrisa en los labios, pero sin mirarme;—además, yo también tengo que hacer.

Esto aumentó todavía mi despecho, y para atenuar algo mi negativa, me apresuré á decirles que no me hallaría en casa durante todo el día porque tenía que ir á ver al príncipe Ivan Ivanovitch, á la princesa Kornakov, á los Ivine, y que probablemente comería en casa de la princesa Nekhludov. Parecióme que una vez sabedores de que tenía que visitar á tan elevados personajes, no podrían ya creerse con derecho á imponérseme.

Cuando se disponían á marcharse, invité á Ilinka á que en mejor ocasión viniese á casa, pues estaría con él con mucho gusto; pero él murmuró una excusa y se sonrió con una tal expresión, que yo comprendí enseguida que aquel muchacho no pondría nunca más los pies en mi casa.

Apenas se hubieron marchado, yo salí también para hacer mis visitas. Volodia, á quien por la mañana pedí que me acompañase para sentirme menos cohibido, me dijo que no lo haría, pues parecía cosa excesivamente sentimental y aún ridícula que dos hermanos se fuesen juntitos á hacer visitas.



XVIII

Mi primera visita

SALÍ, pues, solo. La primera visita que se hallaba en mi itinerario era la de la señora Valakhina. Hacía tres años que no veía á Sonitchka, y á pesar de que mi amor por ella había ya volado, en mi alma quedaba aun el vivo y encantador recuerdo de mi amor infantil de aquellos lejanos días. Durante esos tres años, me la representé algunas veces con tanta fuerza y tanta claridad que llegué á derramar lágrimas por ella, sintiéndome de nuevo amoroso de la niña, tal como me la imaginaba; pero esto duraba poco, y últimamente casi la había ya olvidado por completo.

Sabía que Sonitchka había ido con su madre al extranjero, donde pasó dos años y en donde, según contaban, había sufrido una grave caída de un carruaje; los cristales de la portezuela habíanle cortado á Sonitchka el rostro de tal manera que le robaba toda su belleza. Al dirigirme á su casa, me representaba yo á la antigua Sonitchka y preguntábame cómo la iba á encontrar ahora. A causa de su estancia de dos años en el extranjero, me la figuraba, no sé por qué, muy crecida, de hermoso talle, seria é imponente y, con todo, extraordinariamente atractiva. Mi imaginación se negaba á representármela con la cara llena de cicatrices, como oí decir que tenía; por el contrario, habiendo leído en alguna parte que un amante se había conservado fiel á su amor á pesar de que una atroz viruela desfigurara el rostro de la mujer adorada, yo me es-

forcé en creerme á mí mismo enamorado de Sonitchka para tener el mérito de permanecerle fiel á pesar de las cicatrices. Al acercarme á la vivienda de las Valakhina yo no estaba verdaderamente enamorado, pero habiendo despertado en mí los recuerdos del antiguo amor, estaba muy bien preparado para amar y aún lo deseaba ardientemente, con mayor motivo viendo á todos mis amigos enamorados y no queriendo quedarme atrás en este importante asunto.

Las Valakhina habitaban un pequeño y bonito hotel, construído todo de madera, cuya entrada principal se hallaba en el interior de un gran patio. Al primer golpe de timbre—el timbre era entonces en Moscova una rareza—vino á abrirme la puerta un hombre joven con cierta elegancia vestido. No sabía, ó no quiso decirme si las señoras estaban en casa, y dejándome solo en la oscura antecámara, desapareció por un corredor más oscuro todavía.

Permanecí solo bastante tiempo en aquella negra estancia, en la cual, además de la puerta del corredor, había otra puerta cerrada herméticamente. Me extrañó mucho el aspecto sombrío de aquella casa, haciéndome suponer que sería tal vez la costumbre de las personas que han viajado por el extranjero. Al cabo de algunos minutos más se abrió por la parte de adentro la puerta y el mismo elegante criado me introdujo en un salón muy modesto, pero arreglado con cierto gusto, y en el cual entró detrás de mí la propia Sonitchka.

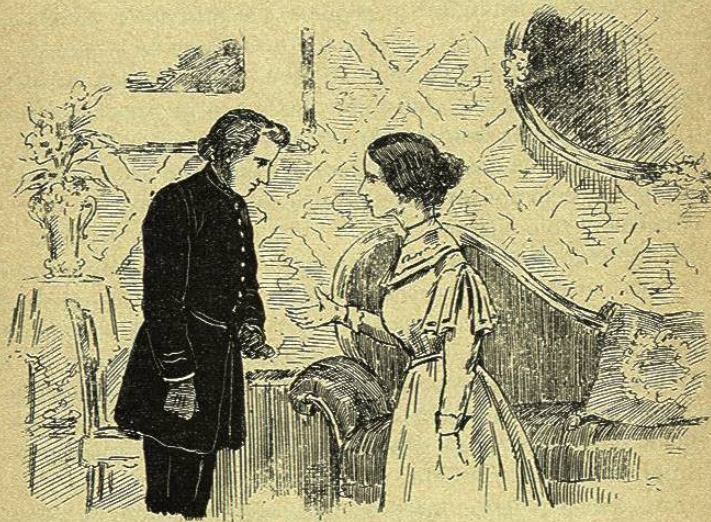
Tenía diecisiete años, había quedado de corta estatura, estaba muy delgada y tenía un color amarillento, como enfermizo. En el rostro no se le conocía á primera vista ninguna cicatriz, y sus hermosos ojos, un poco saltones, y su sonrisa franca y alegre eran lo mismo exactamente que yo recordaba y que tanto me había entusiasmado en mi infancia. No esperaba hallarla así, por lo cual no supe en los primeros momentos adaptar á la ocasión los extravagantes sentimientos que había ido preparando en el camino. La joven me tendió la mano á la moda inglesa, que era entonces en Moscova tan rara como el timbre; estrechó, pues, cordialmente mi mano y me invitó á sentarme á su lado, en el diván.

—Ah! con qué placer vuelvo á veros, querido Nicolás!—me dijo mirándome de frente y con expresión de tan sincera alegría que de esas palabras: «querido Nicolás» me halagó extraordinariamente el tono amistoso con que fueron dichas, olvidando lo que tenían de protector. Con gran sorpresa mía, aún después de su viaje al extranjero, parecía más sencilla, más encantadora y sobre todo más familiar que antes en sus relaciones. Entonces llegué á distin-

guir dos pequeñas cicatrices que tenía cerca de la nariz y en las cejas, pero sus hermosos ojos y la encantadora sonrisa de sus labios continuaban fieles á mis recuerdos.

—Cómo habéis cambiado!—prosiguió;—os habéis convertido en todo un hombre... Bien, y á mí, cómo me halláis?

—Ah! yo no os habría reconocido ciertamente,—contesté, aunque en aquel mismo momento estaba bien seguro de que la hubiera



reconocido enseguida, donde quiera que fuese... Y me sentí en aquella alegre y descuidada disposición de espíritu en que me hablaba cinco años antes bailando con ella en casa de mi abuela.

—Tanto me he afeado?—insinuó moviendo graciosamente su menuda cabeza.

—Oh! no, nada de esto; habéis crecido, tenéis más edad,—me apresuré á contestar—Muy al contrario, pues estáis más hermosa aun...

—Bah! qué importa eso... Recordáis nuestras danzas, nuestros juegos; recordáis á Saint-Jerôme, á Mimi?... Ah! qué hermoso tiempo aquel!...—prosiguió, y la misma sonrisa y los mismos ojos aun más encantadores de lo que mis recuerdos me los representaban brillaron de nuevo ante mí; mientras ella hablaba, logré reflexionar un poco sobre mi presente estado de espíritu, y de este examen deducí que estaba realmente enamorado... al menos en aquel preciso momento. Apenas convencido de esto, mi alegre humor y mi

vago estado de espíritu desaparecieron totalmente, y una especie de neblina pareció que lo iba cubriendo todo, hasta sus mismos ojos y su sonrisa. Empecé á sentir una especie de malestar, me puse todo encarnado y perdí hasta la facultad de hablar.

—Ahora son muy otros tiempos,—continuó la joven suspirando y levantando un poco los ojos al techo;—todo lo del mundo está mucho más feo que antes, y aún nosotros mismos nos hemos vuelto más malos... no es verdad, Nicolás?

No supe que contestar, y me la quedé mirando en silencio.

—Qué se ha hecho de los Ivine, de los Kornakov? No los recordáis acaso?—añadió mirándome con cierta curiosidad al verme tan encendido el rostro.—Aquel era el buen tiempo!

Tampoco esta vez pude contestar á sus palabras.

Me sacó de esta penosísima situación la entrada en la sala de la señora Valakhina. Me levanté, la saludé, y esto pareció que me volvía el uso de la palabra. Pero con la llegada de la madre de Sonitchka, se hizo en la joven un extraño cambio. Toda su alegría y toda su familiaridad desaparecieron de golpe, hasta su sonrisa se hizo grave, y, aparte lo corto de su talle, se me presentó en aquel punto tal como yo me la había figurado antes de llegar á su casa. No supe hallar la causa de este cambio súbito, pues su madre al entrar sonrió con la misma gracia que antes, y en todos sus movimientos se adivinaba la misma dulzura de siempre. La señora Valakhina se sentó en un sillón y me indicó un sitio á su lado. Dijo á su hija algunas palabras en inglés, y enseguida Sonitchka salió, lo que me dejó aun mucho más tranquilo. La señora Valakhina me preguntó por mis padres, por mis hermanos, después me explicó sus penas, sobre todo lo referente á la muerte de su marido, y pensando que no tenía ya nada más por decirme, se me quedó mirando en silencio, mirada que significaba, sin duda: «Si ahora, querido mío, te levantas, te despidas y te marchas, no harás en realidad sino lo que debes».

Pero me pasó entonces algo muy extraño. Sonitchka volvió mientras tanto al salón, con una labor en la mano, se sentó en el otro extremo de la estancia, y yo sentí al punto sus miradas sobre mí. Mientras la señora Valakhina acababa de explicarme la muerte de su esposo, pasó por mi cerebro la idea de que yo estaba enamorado, y creyendo que sin duda la madre lo había adivinado ya, me invadió una tan extraordinaria timidez que me sentí en la imposibilidad de hacer un solo movimiento que fuese natural. Sabía que para despedirme y marcharme, era preciso pensar dónde poner el pie, cómo tener los brazos y la cabeza; en una palabra, sen-

ti algo muy parecido á lo de la víspera, después de haberme bebido media botella de *champagne*. Presentí que no sabría cómo



salir de aquel atolladero, que *no podría* ponerme en pie, y en efecto, *no lo pude* hacer... La señora Valakhina se extrañaba sin duda de verme tan encendido el rostro y, aun más, de mi completa inmovilidad; pero me pareció que era preferible permanecer en esta situación estúpida, que arriesgarme á una despedida ridícula. Así me quedé, pues, bastante tiempo, esperando que algún hecho inesperado me sacase de tan embarazosa-situación. Y esta ocasión

se presentó, por fin, en la persona de un hombre joven que, como un habituado entrante de la casa, penetró en el salón y me saludó cortésmente. La señora Valakhina se levantó y, pretextando tener que hablar con su «hombre de negocios», me miró con un aire todo extraño que significaba: «Si es que pensáis quedaros aquí todo un siglo, lo que es yo no os arrojaré ciertamente de mi casa». Al fin, pude levantarme, pero no pude saludar y, seguido por una mirada de compasión de la madre y de la hija, salí haciendo rodar una silla que no se hallaba ciertamente en mi camino, pero con la cual topé por haber puesto toda mi atención en no dar contra una mesita que estaba en el centro del salón.

Al sentir en la frente el aire fresco de la calle, se fué disipando el extraño y penoso encogimiento de mi espíritu, y hasta el cochero hubo de preguntarme si deseaba algo, pues dije en voz alta algunas incoherentes palabras... Luego empecé á reflexionar en mi amor por Sonitchka y en sus relaciones con su madre, que me parecieron muy extrañas. «Pero el caso es que estoy enamorado», me dije subiendo otra vez al coche.

Cuando, más tarde, conté á mi padre esta visita y le dije que la señora Valakhina y su hija no parecían estar en muy buenas relaciones, me contestó:

—Oh! sí, la atormenta mucho á la pobre con su avaricia terrible... y es extraño!—prosiguió con mayor emoción de la que suele ponerse en asuntos que no son propios.—Una mujer tan encantadora, tan llena de seducciones! No comprendo cómo ha podido cambiar de este modo. Has visto también á su secretario?

Vaya una manía para una dama rusa la de tener secretario!—concluyó diciendo, mientras se alejaba de mí con cierto despecho.

—Sí, le he visto,—contesté.

—Bueno, pero, es un buen mozo al menos?

—No, no tiene nada de agradable.

—Oh! es incomprendible!—hizo papá, y levantó los hombros, como tenía por costumbre cuando algo le contrariaba.